



## CAPÍTULO V

### Comienza el viacrucis

**C**OMO á las nueve de la mañana me hallé á Rojas con cara de fiesta. Alguien se ocupaba de contar y listar en su presencia todos los primores robados á la iglesia y á los particulares. El botín de Tlaxochimaco se unía al conseguido en muchos otros pueblos, é iba á ser encerrado en unas grandes cajas que acompañaban siempre al jefe. Había allí patenas, rosarios, zarcillos, prendedores, vestidos de gro, casullas bordadas del siglo xv y mil riquezas seculares y eclesiásticas.

— Mire, me dijo, ¡qué *guardotas* y qué *imbutidos*! Y me enseñaba unas espléndidas albas de punto de Brujas, regalo de algún rey de España á cualquier catedral americana; se los voy á dar á Juana la *loba*, mi querida, pa que se haga unas *naguas*... Y mire ese trapo bordado (por



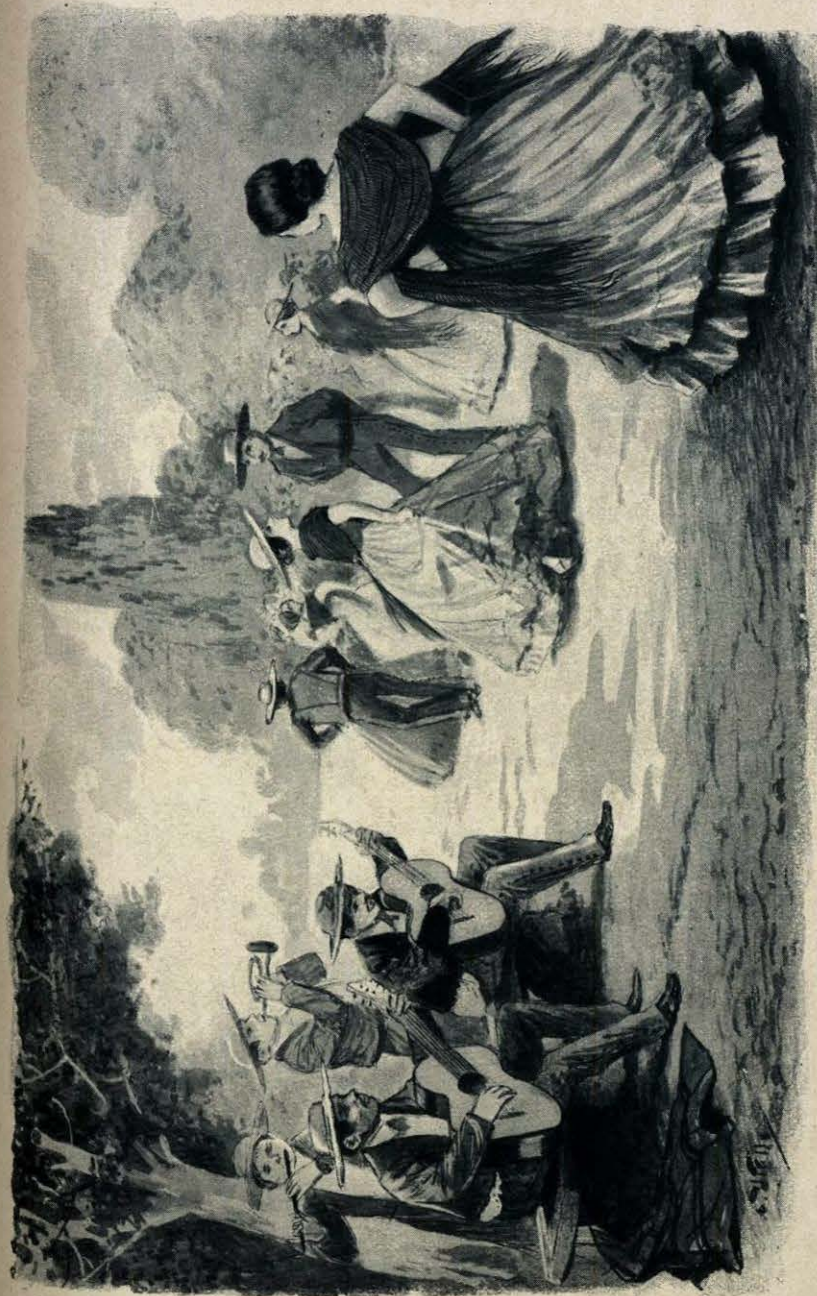
un estandarte de labor toledana); yo me *afiguro* que sirve *pa* ribete de un sombrero; digo, quitándole los borregos que les dicen *anusdei* y las caras de santo... ¿Sabe que me estaban dando ganas de llevarme á la *refolufia* á la marquesita ó cardenala ó no sé qué será que me presentaron ayer? Pero es tan *chillona* y tan escandalosa, que aquí se las dejo... Aunque la *verdá*, es guapa... Sí, lo que sea se ha de decir; como guapa, es guapa...

Y *al propósito*, don Juanito, aquí se le queda á don Agapito Gómez *pa* que cuide el pueblo; es buen jefe, aunque algo *alocao* él; pero cuando no está en su luna, se lo garantizo... Cúideme mucho, y á la cosa más mínima, avíseme... Yo le digo todo al señor don Pedro Ogazón; por lo que es su jefe de usted, don Santitos Degollado, me lo echo en la bolsa; casi es un religionero... Epa, tú, *Crespín*, hablando á un rancharo que cargaba; bornea ese bulto que se te va á quer... *Jijos* de un zumbado, como nada les cuesta, poco les importa que todo salga como *salgare*...

En efecto, á las doce ó poco más se retiró Rojas con toda su cuadrilla, dejándonos espantados de su presencia y contentos sin ella.

— ¡La del humo, amigo! decía el cura Herrera santiguando los cuatro vientos con sus escapularios.

Pero entonces, creo que ya lo he dicho, no nos dábamos á las penas; pasaba el mal rato, desaparecía la aficción, y á otra. ¡Qué diferencia con los señorotings de ahora,



... organizó un día de campo á los Cipreses...



que porque la novia les hace un dengue, ó porque encuentran que el mundo deja que desear como voluntad y como representación, se dan á las más desoladoras filosofías y las murrias más desesperantes, cuando no toman algún frasquete de rico veneno!

Luego que Rojas hubo salido, el pueblo continuó su vida ordinaria. Faltaban tres semanas para que las *aguas* se despidieran, y había que aprovecharlas.

Mi señora doña Sabina, que era alegre como unas castañuelas, había olvidado ya la pérdida de aquellas cintillas y tumbagones que la hacían parecer una reina Pomaré desterrada, cuando con ellos se ataviaba, y organizó un día de campo á los Cipreses, el único lugar que tenía agua y verdura en muchas leguas á la redonda. Allí moraba aquella Juana, en cuya casa habíamos charlado años hacía Trini y yo.

Se cantó, se bailó, se comió á estilo de la tierra, y volvíamos cansados, alegres y satisfechos al anochecer, cuando oímos truenos hacia el rumbo de la villa.

Ya habíamos los hombres requerido las pistolas para ocurrir á ver lo que pasaba, cuando alguien que llegó á toda prisa nos dijo: «Hay pronunciamiento en la plaza.»

Allá fuimos volando, y averiguamos la verdad del caso.

Sucedió que don Martín Celorio, luego que hubo salido del pozo en que se ocultó temiendo correr el fin de su her-



mano, siguió viviendo en su casa, más triste, más retraído y más callado que nunca.

Se había dejado crecer la barba, cana á trechos, había descuidado más la limpieza de los pingajos que constituían su traje ordinario y había escogido, para usarla diariamente, una gran capa de paño verdoso que le daba aspecto de israelita de retablo. Se encerraba días enteros en su cuarto viejísimo y desalhajado, y allí hablaba solo fingiendo diálogos con el difunto don Servando.

La tarde de aquel día hizo algo que ya puso en cuidado á las señoras: trepó á lo alto de un pretilillo, y allí fingió pasearse, hacer la rueda, hinchar el moco, erguir los corales, erizar la escobeta, esponjar la cola y todo lo demás que los *cóconos* ejecutan al ponerse el sol. Cuando las pobres aristócratas, anegadas en lágrimas, le rogaban que bajara de aquel filo de pared, el pobre loco las miraba lanzando ese cloqueo que parece una carcajada y que es peculiar de los animales que tienen la peculiaridad de morir la víspera. Luego, ayudándose con la capa, seguía haciendo la rueda con majestad de pavo real.

A eso de las oraciones, por su propia voluntad bajó de la pared y quedó en un rincón mudo é inmóvil. Cuando la criada salió á algún recado, don Martín se escurrió poco á poco y llegó hasta la plaza, en que á la sazón se hacía el pobre mercado de la noche. Los soldados estaban sentados á la puerta del cuartel, bromeando ó bebiendo

aguardiente y nada anunciaba una catástrofe próxima.

¿Vió don Martín la cruz que estaba pintada cerca de donde él estaba parado, ú oyó que alguien dijo que en



aquel sitio habían fusilado á don Servando Celorio? No se sabe; pero sí hubo quien observara que al cabo de permanecer allí un buen espacio, el pobre loco prorrumpió en un grito espantoso: «¡Viva la religión!»

Como si hubiera sido por arte mágico, todas las gentes echaron á correr, todas las puertas se cerraron, los soldados requirieron sus armas y monturas y no hubo quien



no entrara en pánico y confusión. Don Martín, muy despacio, cruzó el gentío envuelto con la capa y se metió á su casa, proponiéndose atrancar la puerta con su cuerpo.

Los rojeños, que se figuraron había conspiración, entrada de reaccionarios ó no sé qué, salieron por las calles disparando tiros, y aquí mancan á un hombre, allí derriban á una mujer que corría con un niño en los brazos, y acullá tiran en la carrera de sus caballos á tres ó cuatro desgraciados.

Al pasar por la *Casa de los Gigantones* arrojaron una salva, de la cual una bala derribó en el suelo á don Martín, rompiéndole un brazo á la altura del codo.

De los *Cipreses* volvía Antonio, el marido de la nana de Trini. Subía penosamente la cuesta, trayendo consigo las escopetas con que nos habíamos divertido cazando pajaritos, cuando le encontraron los furiosos:

El pobre hombre, medroso, saltó las tapias de una casa y trataba de introducirse á las habitaciones, cuando se encontró con que los perseguidores se le habían anticipado entrando por la puerta. No encontró entonces más arbitrio que dar vueltas alrededor de un mezquite, tratando de evitar golpes. ¡Vano intento! Mientras saltaba incansable hurtando el cuerpo, escapándose y defendiéndose, los bandidos le alcanzaban, y si algunos machetazos dejaban estampados en el tronco del árbol, más daban en el cuerpo de aquel desgraciado. Allí quedó para que le

alzarán con cuchara quienes quisieran darle cristiana sepultura.

Los bárbaros, en su batida, habían juntado media docena de gentes que les parecieron sospechosas. Sin esperar más, las hincaron de rodillas en una banqueta de la plaza é iban ya á fusilarlas, cuando rompió el cuadro el cura Herrera, y á riesgo de que lo atravesaran las balas, confesó violentamente á los desgraciados y les dió la absolución; apenas se hubo retirado un poco y chasquearon los muelles de los fusiles, salieron las balas, y los pobres á quienes el antojo de unos infames revistió con proporciones de autores de no sé qué delito, cayeron revolcándose en su sangre...

Todo esto, que se refiere en muchas líneas, pasó en un momento, pues eran diferentes partidas las dispersas por el pueblo haciendo atrocidades.

Nosotros llegábamos apenas, cuando supimos todo. El caso me causó indignación por lo que tenía de vejatorio y de inmotivado. Acompañado de seis amigos de los que habían ido á la fiesta, que llevaban por toda arma dos revólvers y un sable, nos presentamos en el cuartel, dispuestos á impedir la continuación de aquella carnicería.

Gómez, el jefe, estaba echado en un banco del zagúan, sin movimiento ni habla: el *pinos* de que se había llenado la tripa le había puesto en aquel estado. No opuso resistencia cuando le introdujimos en el calabozo de la



prisión; pero sus subordinados, que eran más brutos que él mismo, sí trataron de sacar el sable y rebelarse contra nosotros. Pero como llegaban de uno en uno y cuando más de dos en dos, nos fué fácil desarmarlos y ponerlos á buen recaudo; sólo dos se escaparon á uña de caballo, en medio del horror de los habitantes, que pensaban se habían soltado los demonios y que nuevamente andaban cometiendo abominaciones.

Desde ese día mi tío don Angel Luque tomó los dos mandos, político y militar, y aquello tuvo trazas de comunidad ordenada.

Pero era poco envidiable la situación de mi buen tío. No contaba con más tropa que los cuatro soldados y el cabo que cuidaban de la prisión, que se llamaban por la gente *guardiecércel*, y con media docena de viejos cojos, inútiles, sin bríos ni alientos para nada, que formaban el destacamento de serenos.

Aun me parece ver á éstos mandados por un gracioso y diminuto carcamal á quien le decían el *Agofetiao*, como me parece ver la *guardiecércel* puesta bajo el cuidado de un indio largo y flaco que llevaba el incomprensible mote de *Violín santo*.

Los serenos con sus linternas cuadradas, sus capas de vuelos y sus sombreros anchos, se ocupaban en encender los cuatro faroles que alumbraban la plaza, que por cierto no quedaba iluminada á giorno, como dicen los gaceti-lleros chirles.

A las nueve apagaban los faroles, y se distribuían estratégicamente por el lugar para cuidarlo y dar aviso del tiempo que hacía. Y así los vecinos tenían la satisfacción de saber, no sólo que sus intereses estaban sin riesgo y atendidos, sino también la de enterarse del tiempo que hacía, pues cuando más dormidos estaban los despertaba el ruido de un garrotazo sobre el alféizar de la ventana, y la voz del vecino: «Las



doce y media y sereno», «Las tres y nublado,» «Las cuatro y lluvioso.»

Esto en el caso de que no se durmieran como unos benditos, caso que aprovechaban los calaveras y la gente de trueno para tiznar la cara de los representantes de la autoridad, fingiendo bigotes á quienes nunca los tuvieron; para robarles la linterna y hasta para dejarlos atados de pies y manos, sin garrote, ni capa, ni sombrero.



Como tiempo que era de riña y pendencias, batallas y asaltos, complots y combinaciones políticas, todo el mundo estaba ansioso de saber noticias.

En el pueblo no había más periódico que el *Diario de Avisos*, que le llegaba al señor cura (cuando le llegaba) con veinte, treinta y aun más días de atraso, y *El Progreso de Veracruz*, que me enviaban mis buenos amigos de la Heroica.

Diariamente, desde las oraciones de la noche hasta las nueve ó las diez, nos reuníamos en la tienda de «El Rocío,» propiedad del difunto don Pedro Ruiz, á contar y á escuchar los *borregos* más grandes y lanudos que era posible forjar á las desarregladas fantasías de aquellos benditos.

— Juárez y Miramón se han dado las manos y declaran que no habrá más guerra, decía uno.

— No lo crea, compadre, replicaba otro, político más agudo; don Miguel sabe lo que se pesca. ¡Qué iba á darle las manos á Benito de Palermo, cuando acaba de recibir más de quinientos cañones y de trescientos mil fusiles, y de cincuenta millones de cartuchos para acabar con la *chinaca*!

— Dicen que Miramón salió de México, tomó Veracruz y marchó para Manzanillo. Luego seguirá para San Juan Bautista, pasará por Guadalajara y se embarcará para San Luis.

— Pero ¿qué confusiones son esas, don Manuel? Si Veracruz no queda cerca de San Luis, sino de Chilpancingo; de manera que si Miramón tomó ese puerto, no habrá dejado de caer sobre el viejo Alvarez para destrozarle; y es seguro, además, que hallándose ya en aquel departamento, se decida á dar una vuelta por Monterrey y Coahuila, para dejar tamañito á Vidaurri.

— O que contramarche para Aguascalientes, siga para Colima y vaya á parar á tierra adentro, apuntaba otro que había traficado con atajos de mulas.

— Para mí, insinuaba el señor cura, todo se decidirá el día que se encuentren el Miramón y mi compadre Ortega. ¿Que se presenta con sus zapadores y sus lanceros y sus demonios coronados el *mochitango*; que mi compadre, que viene pisándole los talones, llega á alcanzarle; que eligen este cerro, ó aquel valle, ó la otra barranca y que cada quién se pone en facha previo eso de paralelas y fortines y trincheras; que mi compadre manda dos ó tres licenciados de los finos cerca de Miramón y le propone que se rinda con armas y bajages, jurando por de contado la Constitución y las Leyes de Reforma, y todo lo que se quiera; que Miramón contesta que esto y que lo otro, y que fué y que vino y que tornó y que volvió; que mi compadre Jesús le dice que no hay tutía, ni que consultar á México ni dilaciones y necedades; que no se da por buenas y trata de presentar batalla? ¡Pum, pum,



pum! cañonazo va y cañonazo viene, hasta que corran todas sus tropas y él se rinda á discreción. ¿Que se entrega deseando, como ellos dicen cuando no tienen ganas de pelear, suprimir la efusión de sangre? Pues sobre la marcha, acepta la Constitución y las Leyes que de ella emanen, y todos los faroles. Y entonces mi compadre se pone á la cabeza del ejército, los cañones otra vez ¡pum, pum, pum! pero de puro contento, porque ya se acabaron los saqueos de pueblos y las quemazones de siembras, y porque los campos dejarán de estar en barbecho y porque las muchachas podrán llegar á doncellas viejas, si así les conviene, en vez de vivir como ahora, sujetas al antojo de un don Fulano que no las deja de recibo.

En cuanto á eso de que Miramón vaya á dar vuelta de Veracruz por Colima y tierra adentro, me parece... digo... yo creo que es difícil, porque el hombre no es tan lerdo para irse á meter entre los apaches que lo dejarían hecho una miseria... Para mí... Es una idea, una idea mía; más bien, al salir de Veracruz, se le ocurrirá meterse por Tabasco y Yucatán, embarcarse en algún buquecito y luego entrar por Mazatlán, siguiendo toda la sierra hasta los cañones de Juchipila. Pero á buen seguro que me lo dejen los liberales, que andan por allí *sicut leones rugentes, quærens quem devorent*, y que ya tendrán cuidado de echarlo al mar para que allí se ahogue como aquel Faraón de que dice la Biblia que sus escogidos principios cubrieron los

abismos, quedando destruídos el carro, el caballo y el caballero.

Una de esas noches, apenas habrían dado las diez, salíamos de «El Rocío» los ordinarios tertulianos. Dejamos al señor cura en la puerta de su casa, cuando oímos un rumor distante, un rumor que á veces parecía salir de la tierra, á veces venir del aire, á veces alejarse y retirarse á veces como llevado por una ráfaga de viento más poderosa.

Permanecemos escuchando sin lograr darnos cuenta de qué sería aquel ruido que á veces se enfrascaba en disputa con los otros de la noche, y á veces resurgía claro y distinto, pero siempre tenue.

Los perros empezaron á ladrar á través de las puertas cerradas, como si se hubieran vuelto locos, el sereno del barrio levantó la cabeza y cuando hubo pasado algún rato y seguimos observando aquello, dije con recelo: «Son trompetas de infantería y caballería; de seguro viene la tropa.»

— ¿Tropa? dijo el sacerdote. ¿Tropa? ¿Pero á santo de qué viene tropa aquí? ¿Y qué casta de bichos serán? Liberales no pueden ser, porque no sé que ande por aquí nadie que valga la pena; luego, tienen que ser mochos.

— Pues para mí, observó uno de los tertulianos, es Juan Chávez, que á últimas fechas estaba en Villaprieta.



— Vamos á ver, insinué, á mi tío Angel, que quizás tenga noticias.

Dicho y hecho; nos plantamos en la casa de la primera autoridad, á la que encontramos en el momento psicológico de disponer su salida del pueblo.

— ¡Cuánto me alegro de que hayan venido! dijo mientras echaba un fuste leonero en los lomos de su caballo colorado cuatralbo; yo me limpio... Me voy porque viene Juan Chávez y nos aprieta el pescuezo—y, mientras, él apretaba el cincho de la montura...— Con ése no hay que andarse con chiquitas, porque es capaz de cualquier cosa; es el Rojas de los mochos.

— Pues yo me voy con usted, le dije, porque aquí me quedo á puro dar dado. No tenemos gente, ni armas, ni municiones, y no vale la pena de que me fusilen por gusto mío.

— Vámonos, hombre, que de más provecho seremos fuera que dentro. Tú, Petronilo, dí que le ensillen á Juanito la yegua cebruna, que se va con nosotros... Pues como les iba diciendo, hace como un cuarto de hora que llegó de mi rancho de las Ánimas mi mozo, Albino Izquierdo, y me dijo que por todo el camino de la venta de Guajolotes, venía una *culebra de caballería* que bajaba por la cuesta de los Otates; me dijo también que detrás venía gente de á pie, y que acababan de quemar Ranchorredondo, los Ojuelos de Santa Lucía, el Sotolongo y la No-

palera de Lucas; que de camino habían fusilado á los dueños de la Albarrada de Ginés, por ser notoriamente chinacos, y que se dirigían para acá á más andar. Ya no me cupo duda de que se trataba de Chávez, y así se lo dije á Florentina, mi señora, y á las muchachas Concha y Luz. Ya les tienen preparados los caballitos de sobrepaso en que han de salir con nosotros.

Ninguno de los compañeros que tenían familia, ni el señor cura que debía cuidar del pueblo y de sus gentes, quisieron ser de la partida; antes bien se retiraron á sus casas á hacer el ordinario transporte de muebles, ropas y muchachas á las casas de respeto.

Listos los caballos, montamos en ellos, las señoras con aquellos sombreritos hombrunos, sujetos con paño de sol, que todavía usan las gentes que viven en pueblos, y nosotros con nuestros trajes acostumbrados, que eran á propósito para subir en el propio Pegaso.

Albino, Galación, Petronilo y Sebastián, mozos que nos acompañaban, iban de respeto envueltos en sus zarpes y montados en sus caballitos pequeños y ligeros.

Ibamos los del grupo preocupados además, sin sentir deseos de atar la hebra conversando, ni de bromear, ni siquiera de hacer calendarios y conjeturas.

Apenas habíamos andado una legua, cuando me sentí acometido de un sueño y una pesadez tan grandes, que no recuerdo haberlos tenido iguales en mi vida. Un ma-



torral se me figuraba montaña; un arroyuelo pedregoso, desfiladero sin fin; un terrenillo blanquizco, laguna de agua mansa.

Dormitaba en la cabalgadura, se me iba la cabeza, sentía que me faltaban los estribos y que la rienda se me escapaba de las manos.

El estornudo de un caballo me obligaba á despertar asustado, las pocas palabras que cruzaban mis acompañantes me ponían en guardia, porque me figuraba que eran voces que venían de otro mundo.

Por la cuenta atravesábamos una inmensa nopalera, cuando heló la sangre á los despiertos y me despabiló á mí un:

— ¡*Altuay!* ¿Quién vive?

Sin esperar á que yo contestara, mi tío Angel respondió atropelladamente:

— La Libertad... digo... la Religión...

— ¿Qué regimiento?

— Paisanos.

— *Entrienguen* las armas.

No concluía aún el diálogo, cuando sonó un tiro, disparado quizás por alguno de los mozos, pues yo estoy tan seguro como puede estarlo un hombre casi dormido, de que no toqué los muelles de mi pistola giratoria sistema Marsh.

La noche se iluminó de repente con el resplandor de



— ¡*Altuay!* ¿Quién vive?



mil fogonazos, y una descarga cerrada cayó sobre nosotros disparándonos en todas direcciones.

Los nueve que éramos tomamos caminos diversos... Pero esto merece capítulo aparte, porque tuvo su miga y su importancia.

